

De pronto Soledad pasa é ilumina de la mujer la sin igual belleza, para que oyese Honorio la doctrina que vertían sus labios de cereza.

Y fulgura en su faz, como si fuese la imagen de un visible pensamiento, ó un velo azul y blanco que estuviere tejido con la luz y con el viento.

De la santa mujer, al rostro hermoso añadió Soledad, pasando pura, el no sé qué divino y misterioso con que alumbra el amor á la hermosura.

Mas ¡ay! cuando de Honorio impenitente en conseguir la conversión se empeña, las aguas Soledad mueve, imprudente, que duermen en el hueco de la peña.

Honorio sin placer ni simpatía de Soledad el alma contemplaba; pero un alma que nada le decía, unida ya á la carne, le abrasaba

Por eso, al ver su brillo soberano, sintió el dolor de su olvidada historia, cual si hubiera llegado alguna mano que le hubiese traído una memoria

¿Qué son esos fugaces resplandores, que renovando una cerrada herida, despiertan en el alma los ardores de la alegre mañana de otra vida?

¡Oh! ¡cuántas veces, como á Honorio ahora, al vago son de nuestra voz responde la voz de una persona que se adora, mas sin saber quién es, cómo ni dónde!

Para traer á Honorio al buen camino, que la escuchase Soledad quería; mas de la hermosa al resplandor divino Honorio, por mirar, casi no oía.

De aquel fulgor fantástico tocada, brillaba tanto la mujer hermosa, que, por la luz de Soledad bañada, más bien que una mujer, era una diosa.

Mirando á la mujer, Honorio, ardiente, halló en ella el recuerdo de otra vida, y una mirada echó sobre su frente; mirada en mil ojeadas dividida.

Mientras él la veía, ella buscaba, hincada al pie del confesor, consuelo, y más bien que pecados, confesaba mil dichas aprobadas por el cielo.

Viéndola Honorio, de su antigua historia fué sintiendo unas hondas simpatías, cual si encontrar quisiese en su memoria algún vago recuerdo de otros días.

¡Ay! ¿qué serán esas visiones bellas, que, los tiempos venciendo y la distancia, con vaguedad nos acordamos de ellas, cual de un libro leído en nuestra infancia?

Al contar la mujer tan santas cosas, mira de frente á Honorio, hermosa y pura, como una de esas niñas candorosas que no saben qué hacer de su hermosura.

Y como él, decidido, ciego, ardiente, miraba á la mujer, á toda prisa, robando aquel encanto de su frente, se alejó Soledad como una brisa.

Cuando del rostro de la dama bella la luz de Soledad huyó del todo, no miró Honorio, pues la dama aquella era hermosa también, mas de otro modo.

Conforme de ella Soledad huía, con más tristeza Honorio que despecho, no encontrando el recuerdo que quería, inclinó la cabeza sobre el pecho.

Cuenta en tanto la dama lo que siente, noble en creer, en pensamientos vasta, pasando al porvenir desde el presente, encantada, feliz, ingenua y casta.

De la mujer desconocida y bella no mira Honorio el rostro peregrino; mas Soledad, reverberando en ella, de nuevo aumenta su esplendor divino.

Y Honorio, al ver que á la mujer inflama aquella sombra, al parecer, venida á revelar á la persona que ama los profundos misterios de otra vida,

Con grandes ojos, de pureza ajenos, todo el amor vertiendo de la tierra, mira en los de ella, de inocencia llenos, un reflejo del cielo que le aterra.

Aquella luz de una ilusión pasada le parece una mágica caricia, ó el canto de una música, escuchada por él en otro tiempo con delicia.

Viendo de Honorio la infernal ternura se espanta Soledad, emprende el vuelo, ciñe un rayo de sol á la cintura, y elevada por él, se sube al cielo.

Despojada otra vez de lo ilusorio, á ser real, de ideal, volvió la hermosa, y volvió entonces á mirarla Honorio con ojos que miraban otra cosa.

No viendo ya á la dama, poco á poco sus sentimientos sofocó livianos, echó de sí su pensamiento loco, y el rostro se cubrió con ambas manos.

Y una esperanza aquí, y allí una queja, exhala, medio vivo y medio muerto, y aquel fatal confesonario deja, de una espantosa palidez cubierto.

Absuelta la mujer encantadora, se alejó, satisfecha, de su lado, como se aleja el alma pecadora ya aliviada del peso del pecado;

Y Honorio, recordando embebecido sus labios de coral, sus ojos bellos, el fuego de un volcán desconocido en su raíz quemaba sus cabellos.

«¿De quién es, de quién es? — grita soñando — la voz del eco que en mis sienas zumba? ¿Qué imagen era aquella que pasando me habló del otro lado de la tumba?»

»¿Por qué sombra mi indómito deseo, de todo vencedor, es hoy vencido? ¿De mi vida qué haré, si no la veo? ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde se ha ido?»

Y en lucha tan fatal su alma vencida, Honorio el confesor queda de suerte, que, en su austero pesar, su triste vida no tiene más objeto que la muerte.

ESCENA XXII

Recordar es vivir

LUGAR DE LA ESCENA: *El corazón del hombre*

PERSONAJES

HONORIO. — PALACIANO

ARGUMENTO

Pantésmo del corazón. El obispo Palaciano, consolando á Honorio en su tristeza y dudando de su fe, registra sus papeles, y halla entre ellos unos versos titulados *El Rosal del Paracleto*. El Prelado echa en cara á Honorio su impiedad, y éste escandaliza á Palaciano con sus sentimientos panteísticos hasta un punto que el Obispo se aleja, decidido á entregarlo al rigor del Santo Oficio.

Consuela á Honorio Palaciano un día, prelado lleno de bondad y celo, alma débil y honrada, que vivía á una distancia igual de tierra y cielo.

Triste Honorio, en fugaz reminiscencia, no sé por qué, mirando á Palaciano, se dibuja al fulgor de su conciencia la prisión y el secuestro de su hermano.

Con amor paternal, casi importuno, va el Obispo á animar su fe perdida, y registra eficaz uno por uno los libros compañeros de su vida.

Y — este hombre es un impío, este hombre dice al ver los fantásticos amores (es loco, — de Honorio, á quien acaban poco á poco por consunción la fiebre y los dolores.

Y ve que, en su inmortal melancolía, vuelve sólo á su espíritu la calma el ritmo de la noble poesía, esa divina música del alma.

Y que exhala su amor y sus congojas en cantos, ora locos, ora cuerdos, como este eco arrancado de las hojas del libro de sus íntimos recuerdos:

EL ROSAL DEL PARACLETO

«La muerte nos transforma, y no morimos»
leía estremecido Palaciano.
«Es la tierra en que amamos y sufrimos,
de un infinito amor el oceano.

»Sobre la tumba de Abelardo había cual símbolo de amor y de respeto, un rosal que Eloisa plantó un día en su amado jardín del Paracleto.

»Primero su raíz, después sus flores, la suerte uniendo fué, compadecida, como el germen vital de los amores junta ó dispersa el viento de la vida.

»Y humilde la raíz, y alto el ramaje, después que aquélla los mezcló en el suelo, envueltas en perfume alzó el follaje las almas de los dos juntas al cielo.

»El rosal de ella y de él la savia toma, y mece, confundiéndolos, la brisa, en una misma flor, y un mismo aroma, las almas de Abelardo y de Eloisa.

»Para ejemplo y envidia de las gentes, la suerte los unió de esta manera.
¡Oh ser que crees, que esperas y que sientes, siente mucho, cree más, y en Dios espera!

»Con variedad, en la apariencia, loca, camina un mismo ser, mudando el nombre, bajo la forma de árbol ó de roca, de niebla, de aire, de animal ó de hombre.

»Si va á un fin cada ser, luego aparece que uno en otro mezclándose, se abisma, y en variedad perpetua resplandece la eternidad sobre la muerte misma.

»Fué símbolo el rosal del mundo entero; nuestra vida es la vida de las rosas; todo es un accidente pasajero de ese fondo invariable de las cosas.»

¡Ay! así Honorio el confesor pensaba; y al leer con horror tal desvarío, por lo bajo el Obispo murmuraba: — No es un loco; es peor, es un impío. —

Ve Honorio el rostro de su antiguo hermano; y en forma vaga, su confusa historia, unida á Soledad y á Palaciano, en lo más hondo halló de su memoria.

Y exaltado exclamó: «Todo cuanto ama se torna en lo que amó; pues nadie sabe por qué la tierra se convierte en grama, la grama en ruiseñor, y en hombre el ave.

¿Sabe lo que es vuestra razón, acaso, esa fuerza vital, alma sin nombre, que lleva á la materia, paso á paso, de roca en flor, y de animal en hombre?

»Yo soy un ser de los que en sí batallan; esclavos de un delirio, y nunca dueños, que, á cualquier lado que se vuelven, hallan lo infinito en el fondo de sus sueños.

»Siempre agitó mi corazón amante el vago son de una olvidada historia, una niebla sin forma, un eco errante, perdido á la ventura en la memoria.

»Si veo un placer real, sigo, lo cojo; su dicha toda á devorar me apresto; lo gusto con ardor, luego lo arrojo; gimo y exclamo con dolor: — ¡No es esto! —

»¡Sí! ¿quién sabe — prosigue, — si habré sido vuestro deudo algún día, Palaciano? ¿No amasteis algún ser que hayáis perdido, vuestro padre, algún hijo, algún hermano?

»Fruto tal vez de una ilusión funesta, yo sé que hay algo que con ansia adoro. ¡Oh! ¿qué fatal reminiscencia es esta? ¿Dónde he amado? No sé. Y ¿á quién? Lo ignoro.

»La vaga tradición voy renovando de una antigua existencia que he perdido,

en tenebrosa confusión mezclando lo que será, lo que es y lo que ha sido.»

De Honorio al ver que es la febril cabeza de todo sueño y desventura foco, Palaciano, con ira y extrañeza, — No es un impío, dice; es que está loco. —

«¿Para qué vivo yo? Por más que avanzo, — absorto Honorio, continuó diciendo; — un cierto no sé qué, que nunca alcanzo, caminando hacia Dios, voy persiguiendo

»¿Qué será esta emoción, que se deshace como el fulgor de una ilusión perdida? O ¿es un futuro amor esto, que me hace la muerte apetecer toda la vida?

»Yo he sido algo otra vez, y condenado por mi maldad ó por mi mala suerte, al través de la vida, disfrazado, purgando no sé qué, voy con la muerte.

»¿Dónde he gozado esta divina esencia, amada en otro tiempo y hoy perdida? ¿Es sólo una fugaz reminiscencia, como dice Pitágoras, la vida?

»Aunque todo perece, todo dura; lo que muere, no muere, y se transforma. Cree el hombre de esta vida en la futura; pero ¿cómo? ¿á qué luz? ¿bajo qué forma?

»¡Tras de una cosa, ó muerta, ó no nacida, marchó sin guía, y sin imán navego; emigrado perpetuo de la vida, navegante eternal, que nunca llego!»

Y cara á cara de su antiguo hermano, mira al Prelado, alza la vista, gime, y — ¡Ay! ¿qué será, pregunta á Palaciano, este raudal de vida que me oprime? —

De nuevo Honorio con dolor suspira; murmura, sin querer, imprecaciones, y se pone á alentar como el que aspira todo el aire del cielo en sus pulmones.

Y Palaciano murmuró: — ¡Que muera! Para este infiel la excomunión es poco. Que purgue su maldad en una hoguera. Es un impío, y además un loco! —

Y de su fe dudando, y de su juicio, Palaciano partió, lleno de celo, á entregarle al furor del Santo Oficio con el ardor de un justo que ama el cielo.

ESCENA XXIII

Fin de recuerdos y vidas

LUGAR DE LA ESCENA: *En una catedral, ante el sepulcro de Palaciano*

PERSONAJES

SOLEDAD. — HONORIO. — PALACIANO. — JESÚS EL MAGO

ARGUMENTO

Muere Honorio de pena, y Palaciano de remordimientos. Se encuentran junto al sepulcro del obispo Palaciano, y los dos hermanos se echan en cara sus faltas. Aparece en un púlpito de la catedral la sombra de Jesús el Mago, y encarga á Palaciano que, en castigo de haber sido causa de la muerte de su hermano, vaya á convertir á otros culpables. Dirigiéndose á Honorio, le manda ir al astro donde purgan sus culpas los perezosos, y en el cual su madre se halla padeciendo por su negligencia en cuidar de su fe, y le dice que ella le conducirá á otros planetas, á presenciar el resultado que traen los pecados capitales. — Mientras Soledad se queda orando por ellos, los dos hermanos parten á cumplir la penitencia que les fué impuesta, y Honorio sube á la región de los astros, siguiendo el camino de la vía láctea.

Es, por la duda y el escaso juicio que el monje Honorio en escribir emplea, entregado al poder del Santo Oficio, cual loco aventurero de una idea.

Cree que todo está en todo, y así muere en una cárcel á la luz cerrada, como un ser sin consuelo, que no quiere ni ver, ni oír, ni respirar, ni nada.

Aunque era siempre de su encono objeto, fué al morir, para el débil Palaciano, la historia del rosal del Paraclito, la historia fiel del corazón humano.

Si muere Honorio triste y en clausura, muere el Prelado con la fe perdida. Lleva un premio en sí misma la amargura, porque abrevia los días de la vida.

Mas nada importa á nadie el sentimiento del alma de los dos: el hombre llora; sus lágrimas, pasando, enjuga el viento, las cuenta Dios, y el sol las evapora.

Mientras que Honorio, sin ajeno amparo, de sus verdugos el poder vencía con la paciencia, ese valor más raro que el valor que se llama valentía,

Sin ver, ni oír, ni respirar, ni nada, mataba á Palaciano el desconsuelo, cual mártir cuya sangre sofocada ni cae de alto, ni enrojece el suelo.

«El poder, piensa Honorio, es iracundo, y toma los errores por maldades, porque jamás, artificioso el mundo, se aviene con las fáciles verdades.

»Lo que escribí otra vez, de nuevo escribo: ¿qué dije á Palaciano? Lo que es cierto; que el ser que vive, sueña que está vivo. Que el ser que muere, sueña que está muerto.

»¡Justicia de los hombres y naciones! Salva Juana al francés; — pues ¡á la hoguera! Colón descubre un mundo; — ¡á las prisiones! Da Cristo al hombre libertad; — ¡que muera!»

Palaciano expiró, y el mismo día la dicha Honorio de morir alcanza, sin abjurar ni un punto su herejía, de un cierto mal de amor sin esperanza.

Cortando á aquél su duda, á éste sus sueños, sus ojos á los dos la muerte cierra, librándolos así de estos pequeños miserables afanes de la tierra.

Bajo una inmensa bóveda, en que había un algo de solemne y misterioso, y en donde el pueblo á su prelado un día inmóvil le escuchaba y silencioso,

En espíritu se hallan mano á mano con su odio inmenso ó con su amor eterno, Honorio, Soledad y Palaciano, ó á un tiempo el cielo, el mundo y el infierno.

Al verse los hermanos frente á frente ante la tumba del Obispo,alzada debajo de la bóveda esplendente, sobre espesos pilares asentada,

Inmóvil cada cual como una roca, hasta el furor llevando sus enojos, se está viendo en los dos la rabia loca, que hace afluir la sangre hasta los ojos.

— ¡Mi hermano! — grita aquél, y éste: — ¡Mi Y recordando su fatal destino, (hermano! — se decían Honorio y Palaciano: — ¡Tú fuiste mi raptor! — ¡Tú mi asesino! —

Y llenos de mortal melancolía, cada cual de su error cogiendo el fruto, ven los dos su pasado, y día á día lo recuerdan, minuto por minuto.

Pensando así los dos, y esto diciendo, de repente, ante un bello crucifijo, desde el fondo de un púlpito surgiendo, Jesús el Mago apareció y les dijo:

«¡Palaciano infeliz! álzate y anda; purgarás tus errores y fierezas, porque, en vez de matar, Cristo nos manda compadecer al hombre y sus flaquezas.

»Fué ¡oh pastor sin piedad y sin cordura!
con tu hermano tu cólera terrible,
no perdonando á un alma sin ventura,
que ama tanto, que hasta ama lo imposible.

»Para dudar, al fin, de tu creencia,
porque él dudaba, le impusiste el yugo.
Tu celo, hecho pasión, fué violencia;
y apóstol con poder, fuiste verdugo.

»Tú, que al morir, hasta la fe perdiste,
la fe predicarás á otros culpables,
ya que dudaste, y conocer quisiste
los caminos de Dios impenetrables.

»¡Vosotros, que sufrir en un infierno
á una madre dejáis que tanto os ama...»
(Y al oír de su madre el nombre tierno,
Palaciano da un ¡ay! que al cielo clama;

Y Honorio, que no hay pena á que sucumba,
oye ahora á Jesús, desencajado,
cual Lázaro que sale de la tumba
después de enfermo, muerto y enterrado.)

«Tu última vida á recorrer empieza, —
dice á Honorio Jesús; — ve al sol, y luego
el astro encontrarás de la Pereza,
entre sangre, entre lágrimas y fuego.

»De sol en sol después, de luna en luna,
tu madre, que te amó sin ser querida,
te mostrará, pasando, una por una,
las dichosas miserias de la vida.

»Si en velar por tu bien fué descuidada,
tú, en cambio de su amor, penar la dejas,
cuando por tí, cual garza aprisionada,
sufre cautiva sin pesar ni quejas.

»Tornad vuestras injurias en perdones,
y elevando las almas como el vuelo,
subid á Dios con santas oraciones,
que son las alas del amor del cielo.

»Recobrad, desandando el mal camino,
los tiernos sentimientos de la infancia,
ya que á uno á ser raptor, y otro asesino,
os llevó la pasión ó la ignorancia.»

Exhortando á los dos de esta manera,
sin apariencia de alejarse alguna,
despareció Jesús, cual si se hubiera
desleído en los rayos de la luna.

Palaciano y Honorio, horrorizados,
vagan como almas por Jesús malditas,
cual ruedan esparcidas por los prados
las flores olvidadas y marchitas.

Y una mirada, al fin, los dos partiendo,
indiferente el uno, el otro tierna,
á Soledad echaron, como haciendo
una señal de despedida eterna.

Viendo partir con pena á los hermanos,
Soledad, de rodillas, reverente,
miró al altar, gimió, cruzó las manos,
y quedó como orando mentalmente.

Viendo Honorio entre dudas y dolores
el fulgor de los astros indeciso,
cual si fueran los vidrios de colores
las puertas de cristal del paraíso,

Aunque loco de amor, honrado y justo,
del cielo contemplando la belleza,
baja, de Dios ante el poder augusto,
aquella alma rebelde la cabeza.

Traspone, al fin, los vidrios de colores;
al éter insondable, audaz se lanza;
y al pensar de su madre en los dolores,
halla el valor, perdida la esperanza.

Ve en una faja, que el espacio puebla,
como sombra en los cielos extendida,
una vía monótona de niebla
encima de un abismo suspendida;

Y por ella elevándose, apresura,
entre dolor y admiración, el vuelo,
sintiendo por su madre una ternura
tan inmensa y profunda como el cielo.

ESCENA XXIV

El himno de Pitágoras

LUGAR DE LA ESCENA: *La bóveda estrellada*

PERSONAJES

HONORIO. — PAZ

ARGUMENTO

Armonía de la creación. Saliendo Honorio de la catedral en busca del astro de la Pereza, donde está castigada su madre Paz por haber sido negligente en enseñarle el camino de la virtud, oye el concierto armonioso que hacen los astros girando en los espacios, conocido con el nombre de *Lira de Pitágoras*. Siguiendo la vía láctea, llega Honorio al astro de la Pereza, donde encuentra á su madre.

Cuando en pos de su madre, Honorio el vuelo desde la augusta catedral alzaba,
al mismo tiempo hacia la luz del cielo la alondra, hija del sol, se levantaba.

Desparramando ante él luz y colores,
sus abismos los cielos entreabrían,
y á nuevos esplendores de esplendores
ensanches de horizontes sucedían.

Midiendo en su camino paso á paso
esa faja de brillo ceniciento,
cual metal en fusión, que es hoy acaso
de mundos que han de ser vivo fermento,

Sigue esa láctea y misteriosa vía,
que de un solsticio al otro derramada,
á la luz de la aurora parecía
un encaje, una gasa, un aire, un nada.

Vió lo infinito, y se sintió admirado,
ante aquel mar de espléndidos vapores,
el corazón de Honorio, lacerado
por la historia cruel de sus amores.

Mas sus celos, su amor y su esperanza
en lo más hondo de su pecho encierra,
cuando ya casi á distinguir no alcanza
esta nada visible de la tierra.

Y luego vuela más, y ve, volando,
que, entre ardores y vívidos celajes,
en libertad salpican, circulando,
de la luz y el calor los oleajes;

Y que allá en las esferas luminosas
del claro cielo, en la región más alta,
como el agua en cascadas espumosas,
en cascadas de luz el éter salta.

En piélagos de luces y colores,
cree que esparcidos ó apiñados mira
los brillos, los diamantes y las flores
de Delhy, de Golconda y Cachemira.

«¡Gloria á Dios!» en la esfera esplendorosa,
en olas de ondulado movimiento,
vibra el éter la nota luminosa,
como la nota musical el viento.

«¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios!» ¡Así llenaba
del orbe todo el celestial circuito,
el concierto inefable que formaba
la eterna ebullición de lo infinito!

De pie sobre una nube luminosa,
oír Honorio preluviar creía
esa lira celeste que, armoniosa,
en éxtasis Pitágoras oía.

Y del espacio en la suprema altura,
va escuchando, aunque triste, embelesado,
ese ruido de ruidos que murmura
el infinito hervor de lo creado.

Siguiendo el curso de la láctea vía,
ve que, embriagada de ventura tanta,
la inmensa creación, con su armonía,
al gran poeta de los mundos canta.

Allí con voz sutil ó poderosa
la lira de Pitágoras resuena,
como la flauta, á veces misteriosa,
y á veces ronca como el rayo, atruena.

Hoy Honorio la música indecisa
escucha del concierto soberano,
como el fácil murmullo de la brisa
que sopla al mediodía en el verano.

Ya remedan las notas encantadas
vuelos de alas de alegres mariposas,
ya el rumor de las hierbas agitadas
por familias de insectos tenebrosas;

Ya fingen los planetas, circulando,
del follaje arrastrado el sordo ruido;
ya murmuran caricias, imitando
dulce gorjear al rededor de un nido;

Ya repiten las auras inseguras
la canción, vagamente modulada,
de la alondra arrogante en las alturas,
del tordo inimitable en la enramada;

Ya es de un agua invisible la corriente,
árbol que ondea, céfiro de estío,
cantar de ruiseñor, ruido de ambiente,
lejana tempestad, queja de río;

Ya el rumor de las cosas que se mecen;
ya, á un tiempo encantadores y encantados,
ecos de ecos de sonos, que parecen
ensueños por los astros murmurados.

Así Honorio, que vive entre quimeras,
del infinito el vértigo sintiendo,
va á través del azul de las esferas
el himno de Pitágoras oyendo.

Y hasta exhalan también cantos benditos
sus labios, para orar siempre cerrados,
allí donde los mundos infinitos
germinan cual las hierbas en los prados.

¡Santas salmodias, de esperanzas llenas!
¡Para creer en Dios con vivo celo,
no hay remedio mejor que tener penas,
ir por el mar ó contemplar el cielo!

Como siempre á la boca del que admira,
Dios acude de Honorio á la memoria,
y en su loor su corazón respira
amor, respeto, bendición y gloria.

Y al compás de los astros, halagüeño,
busca Honorio á su madre, embebecido,
cual si fuese feliz, en un ensueño,
del cielo por los hálitos mecido.